

rosí pasaron a otros públicos, críticos más exigentes y descontentadizos—sin cometer antinomia ni incurrir en anífrasis—encontraron en ellos, nó las obras inmortales que los apasionados italianos ensalzaban sin medida, sino concepciones grandiosas, cuyo valor positivo era suficiente para colocar el nombre de su autor a la cabeza de todos los modernos músicos italianos, toda vez que habrían de pesar de verdad y mucho en la balanza del progreso del ideal y magno arte de la música.

Cumpliendo los deseos del Sumo Pontífice, se trasladó a Roma Perosi para dirigir personalmente su cuarto oratorio *La resurrección de Cristo*. en Diciembre de 1898. Las condiciones en que se dió a conocer ésta producción, que hechiza y enamora, no son en la actualidad muy corrientes, aunque en nuestro país no faltan ejemplos de ellas.

La Basílica de los Santos Apóstoles fué designada para la inolvidable solemnidad. Adornóse regiamente el coro; instalóse en él un tablado inmenso, donde se colocaron los 300 ejecutantes y la orquesta *Massima* (!). Las naves de la espaciosísima iglesia llenáronse de sillones, sillas y otras localidades para el público. Esta audición se verificó a beneficio de una institución de caridad. Los sillones costaban 15 liras; otros asientos de preferencia, 10 liras; las sillas, 5 liras, y las entradas de paseo, 2 liras.

El día designado, se llenó la basílica de bote en bote, confundiendo en ella las clases aristocráticas y las populares; el sacro colegio, la nobleza y el pueblo, que premiaron estruendosamente las maravillas de ciencia, poesía y sentimiento que Perosi acertó a acumular en la obra que estrenaba, modelo exquisito para todos los que aspiren a conocer y a producir.

A los cuatro oratorios citados, han sucedido otros cinco, *El Nacimiento del Redentor*, *La Entrada en Jerusalem*, *La Degollación de los Inocentes*, *Moisés* y *El Juicio final*, y no sabemos si algunos otros, dado el retiro absoluto de Perosi y su incomunicación en estos postreros tiempos con el mundo de la notoriedad y del arte triunfal y victorioso.

Leyendo a los críticos franceses y belgas—tan documentados y sutiles siempre—viene a pararse en que la personalidad de Perosi, no está, a pesar de sus claros triunfos, perfectamente definida aún. El exceso de normas y estudio ha perjudicado a la inspiración; pero ha progresado visiblemente, como ha podido demostrar en los dos oratorios suyos interpretados en España (*La resurrección de Lázaro* y *Moisés*, que tuvo la suerte de escuchar, dirigidos por su autor), y puede afirmarse con el crítico francés Pierre Lalo, que entre los modernos músicos italianos, es Perosi el que más probabilidades tiene de producir una obra maestra, piedra milenaria a través de las generaciones y de los siglos, a condición de que no se deje deslumbrar por la fortuna que tanto le ha acompañado desde los primeros momentos.

Según se ha afirmado insistentemente—ignoro con qué fundamento—a su vuelta a Roma, procedente de nuestra nación, influyó Perosi cerca del santo Pío X

para la redacción y publicación del *motu proprio* en que, al ordenar una despaciosa y severa revisión de la música usada en nuestros templos—por resultar en su casi totalidad de lo más malo, e impropia a todas luces del servicio divino—, condenaba *ipso facto* a un absoluto olvido, las misas, salves, letanias, etc., salidas de la pluma de Calahorra, Cosme José de Benito, Gimeno, Hernández, Andrevi y algún otro. Hermosísima disposición ésta, en pró del culto y del arte, que ha resultado apenas fructuosa, en cuanto que las detestables composiciones de los señores citados, proscritas del todo, no es incorriente verlas utilizar en las iglesias, con hastío y escándalo de las personas de buen gusto, y contribuyendo más y más a nuestro descrédito artístico en el Extranjero, donde escritores de reconocida ciencia, han afirmado infinitas veces, que España carecía de verdaderos compositores de música sagrada.

Perosi, que innegablemente posee un temperamento formidable de artista, una constitución orgánica nacida para crear grandes obras líricas, ha consagrado su existencia a la restauración del oratorio. Aunque el tono dramático de algunos fragmentos de éstas obras poemáticas revelan en él aptitudes nada corrientes para la gran ópera, no es probable que jamás caiga en la tentación de escribir un sólo compás para el teatro. Es un músico esencialmente católico, un asceta espiritual, un sacerdote admirable y por tanto grande como personalidad, que asombra, pasma y cautiva. Su profunda e inquebrantable fé religiosa le aconseja e inspira ilimitadamente, haciéndole capaz de sentir y expresar lo más ideal de la refinada belleza, declarando con ello que la producción sentimental no brota, claro es, como producto aislado y esporádico del suelo fértil, sino que es conjuntamente obra del ambiente, de la educación y de los influjos mentales y morales que circuyen a su autor. No le importan, pues, a Perosi, los dramas de la existencia humana, ni le preocupan los intereses grandes o mezquinos que ennoblecen o degradan nuestro corazón. Conoce un drama, uno sólo, en que meditó siempre y en donde todas las pasiones convergen: la Vida de Nuestro Redentor. Y pensando, clarividente, que ese grandioso drama los resume todos, los pasados, los presentes y los futuros; que es el drama eterno de todos los seres y de todos los pueblos; el verdadero drama que debe ocupar la atención entera de la Humanidad, en él solamente se inspira, queriendo difundir por el mundo todo, mediante el lenguaje universal de la música, lo que es esencia de la religión cristiana y más importa al hombre conocer y definir.

Ramiro Romo y Galiano

DR. V. NUÑEZ CAÑAS

Enfermedades de los Ojos y Cirugia general
CONSULTA DIARIA EN DAIMIEL

DE 11 A 1